AÑO XXX — Nº 1467

EL DIA

Montevideo, 26 de febrero de 1961

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



TARDE DE DOMINGO

EN POCITOS.

El fuego de la tarde de [redacted] ciudad, dispersa y estridente. Es domingo. Es [redacted] de descanso habitual en que la densa masa ciudadana [redacted]ece huir de sí misma. abandona el centro y los barrios con-glo[redacted]rados y se precipita en oleadas de humanidad sobre las riberas costeras..



La catarata de cemento, hierro y vidrio, parece abalanzarse sobre estos frecuentadores de Pocitos, en la parada terminal de los ómnibus.

TARDES DE

EL fuego de la tarde de verano achicharra la ciudad, dispersa y estridente. Es domingo. Es decir, el día de descanso habitual en que la densa masa ciudadana, que parece huir de sí misma, abandona el centro y los barrios conglomerados y se precipita en oleadas de humanidad sobre las riberas costeras, esas mismas que a nuestras abuelas, les parecían remotas, lejanas y casi inaccesibles. Que en 1961 vienen alcanzando dimensiones arquitectónicas exageradas.

Montevideo (lo dice cualquier guía turística) tiene un rosario de playas. Sus arenas blancas, sus aguas apacibles, las hacen también el punto de mira de los porteños menos acaudalados que no pueden ir a veranear a Punta del Este, Mar del Plata y otros sitios de oneroso desembolso económico. Dicen que el Río de la Plata separa a bonaerenses y a montevideanos. Pero de una cosa podemos estar seguros: la cartaginesa playa Pocitos los vuelve a juntar.

Pocas playas del Uruguay cuentan con la afluencia de porteños que señala Pocitos. Unamos a ellos la asistencia de público procedente de las zonas más populosas de Montevideo y nos encontramos con que Pocitos es el crisol de los pueblos en traje de baño de una y otra orilla del Río de la Plata. Pocitos fascina a unos y a otros. Tiene vida. Tiene fuerza. Por sus propias características —gusto, placer y facilidades— la preciosa playa es casi única entre sus varias hermanas de la costa uruguaya.

Es la réplica más exacta que puede encontrarse al Sur del Río Grande de la archifamosa Copacabana carioca. Y un morro imaginario aquí, otro allá, detrás de la muralla que bordea su rambla, agudiza esa similitud que causa el asombro de todos los que visitan Pocitos.

Pocas zonas de la ciudad han experimentado, por otra parte, el adelanto edilicio que hace de Pocitos uno de los lugares de más subido costo inmobiliario en la capital uruguaya; de mayor valor de la propiedad.

El cemento armado, el hierro, el vidrio y la electricidad componen la receta de ese abanico poderoso que poco a poco se ha ido extendiendo y hoy le da a la playa un perfil grandioso, en el que prevalece categóricamente la visión de lo que bien puede ser el Montevideo del futuro.

Pero lo que impresiona, aún al montevideano más conocedor de la ciudad y su gente, es la compacta unidad de edificación, mar, playa y bañistas, que se congregan para disfrutar del sol y las olas, en este imantado centro turístico metropolitano que tiene la ventaja de estar enclavado en pleno centro urbano y que provoca en su realidad cotidiana un agudo contacto físico entre lo americano y lo europeo.

Los habitantes de otras capitales mediterráneas, de América y del mundo, no tienen más remedio que efectuar largos itinerarios en avión, tren o ómnibus, para go-

zar de las ventajas del mar. Pocitos eso raro privilegio al alcance de cualq ra, por lo que cuesta un viaje ordinario coche colectivo. Lo mismo ocurre con otras playas de la capital, donde luego que Pocitos, al placer de la vida al **libre, agrega el atractivo (para algunos ta de serlo y prefieren a la opresiva ed cación los frescos bosques, los méda viajeros, o simplemente los espacios ab tos con toques de verde) de disfrutar multáneamente de los más lujosos priv gios de la vida actual. Tiene todo junt**

La fabulosa edificación, sus sobert apartamentos residenciales, sus restauran sus cafés y casas de té con espléndi terrazas que dan a la costa luminosa, man parte de este conglomerado urba cuyo modernismo (extraño adjetivo) co en un brusco rapto de romanticismo no podido vencer las viejas y arboladas cal internas del balneario que acogen con gativo rencor todo el movimiento y la racterística cosmopolita que la rambla berga a todas las horas del día. Por que lugar no siempre fue este imperio del h migón armado ni estuvo siempre pobl por multitudes. Sólo creció más rápidam te que cualquiera otra playa montevidea

El contraste simplemente apabulla. recinto amurallado, sus verticales tirante su rambla de armoniosa amplitud, nos blan como de una prolongación en el tie po y el espacio, del resto de la urbe. intimidad suntuosa de sus comercios, mármoles y bronces de sus espléndidas sidencias, el ajetreo tremendo del homb que se hace a sí mismo, que levanta pa su placer y confort estos rascacielos q atalayan el mar, tienen un sentido virt de conquista, de triunfo sobre las antigu villas que todavía se codean en la ramb con el cemento invasor y permanecen batibles al trepidar del jazz que sale de repletos locales de entretenimiento noct no o de sus heladerías asépticas que co centran toda la sed ciudadana en torno sus deliciosas fuentes de cremas y esenci

A la hora diecisiete, de un doming estival cualquiera, Pocitos es dentro de capital otro mundo internacional apart Millares de personas acaloradas se disput la mínima sombra y todo lugar que perm ta sentarse. Hombres y mujeres, niños ancianos, jóvenes y personas maduras, e maltan la playa y sus alrededores con calidez de su presencia humana. Mientr unos llegan, otros se retiran. Igual que ola Están los que esperan el ómnibus de r greso al hogar, llenos de fatiga y arena,



Nuevas e ininterrumpidas construcciones avalan en Pocitos su ingreso a la megalópolis del siglo XX.



Las bien compartidas terrazas y balcones del Pocitos elegante.

DOMINGO EN POCITOS



La muralla de edificios de la rambla parece aislar a Pocitos de la ciudad turbulenta.

s que recién se introducen para tomar el rimer baño de la tarde. Están los que portan la nota al color local y al folklore, evando a la playa el bullicio de sus pan-eretas y tamboriles o las diminutas radios ortátiles a transistores. Una por cada diez abezas de bañistas podrían proporcionar iversión. Diez radios para diez usufructua-os, apegados codo con codo, bajo carpas nás y más compartidas, cuya sombra se chica con cada nueva remesa de locata-ios que llega, son una forma de Babel mu-ical que requiere oídos de artillero, un asaporte, para el trauma síquico de quien o soporta diez sonidos distintos a un tiem-o. Están también los que hacen deporte. La modelo rubia y la chica empleada de ienda. Los que se aislan con un libro de iencia-ficción. Los que toman mate. Los ue charlan. Los que comentan el último hisme que atañe a Jane Mansfield o al Príncipe Rainero. Los que miran y criti-an a los otros con un empeño tan liberal que los exime olímpicamente de toda auto-crítica. Están los niños que salpican de la arena o son una esponja chorreante so-re bañistas de sol, con orden exclusiva del nédico para no mojarse. Están los adoles-centes separados en su envidiable isla de amor. Están las muchachas de cara bonita y el cuerpo bien formado y las que se con-forman pensando que tienen talento. Están los ancianos que sólo atinan a observar y sacar recuento de cuántos se dedican a sus libros, su bebida, su música, su pasión o su indeclinable fervor deportivo. Están, ade-más, las fachadas de enfrente, los bien com-partidos balcones de las residencias de la rambla, cuyos moradores salen también a festejar la brisa, tomar un refresco o char-lar. Balcones tumultuosos y fecundos, de domingo ocioso, que sirven de mirador pa-ra esa otra colmena u hormiguero hirviente que es la playa cercana, de donde llega in-tacta la risa de una mujer, que rebota de una sombrilla a otra.

Pocitos a la hora diecisiete. Escapa-rate de vanidad y de hermosas mujeres. De exhibicionistas que sienten el deseo implíci-to de mostrarse. De madres que van por turno a reclamar sus chiquillos perdidos al despacho de la Policía Marítima. De gente que provoca un malón si ve a una bella muchacha en bikini. De gente que se mira y recela. De gente que se mira y llega a un entendimiento de tácita tolerancia. De gente que se mira pensando que va a arder Troya, si cada uno de los vecinos circuns-tanciales no respeta los límites y el sitio de la sombrilla cuya sombra enmarca la zona de los dominios personales.

Carpas y sombrillas tiñen de colorido la tarde. Y un mar de cosas desperdigadas entre bañista y bañista invade pacíficamen-te la arena: toallas multicolores, envases, prendas de vestir, zapatillas, termos, libros, radios, frascos con aceites cosméticos, potes de cremas, frutas, diarios con suplementos de los domingos, paquetes destripados con apuro y que contienen aún restos de comi-da, los pañales secos del bebé y los balde-citos de los niños para hacer budines con la arena mojada. Caleidoscopio de cosas, íntimas y cotidianas, dejadas allí como por una inundación caprichosa, sin discreción, conjugando secretos, desparramadas con apa-riencia cabalística, de mensaje cifrado o fórmula nemotécnica.

Así es Pocitos, visual y superficialmen-te, un domingo cualquiera a la hora die-cisiete: un ejercicio puro de la libertad A las siete se va acallando el parloteo de estas cigarras, que el lunes todavía fantas-ma, convertirá luego en hormigas. Comien-zan las largas caravanas del regreso. El crepúsculo pone un rumbo concreto a cada vida que se desplaza. A medida que el si-lencio desciende paralizador, la arena se vacía de cosas y se llena con huecas pisa-das, pisadas que bien pueden significar el camino de la vida y de la aventura. Se encienden las primeras luces oficiales de la rambla. La playa va quedando desierta, sin urgencias ni avideces, con paciencia de des-ocupación militar. A la hora veintiuna no queda un alma sobre la arena, que pa-rece un rostro perplejo, lavado con la luz de la luna. Una gaviota solitaria cruza ha-cia Malvín. En la parada terminal de los ómnibus, queda alguna ex bañista rezaga-da que no consiguió todavía asiento en un 149 para toda su prole, llorosa, cansada y dispersa, luego de una tarde de épica ba-raúnda. La vida en los pomposos aparta-mentos de la rambla, sus luces, su elegan-cia deliberada, se van estabilizando, con el significado preciso de su real opulencia, que se magnifica tras las transparentes venta-nas-vidrieras, en los caballeros de sweater, que sirven una vuelta de whisky a sus acaudalados amigos o en las damas que exa-minan el efecto de sus últimas perlas. Pe-ces de colores en sus protegidos acuarios luminosos. Pero el domingo de los devotos bañistas, que descubren el rostro más po-pular de Pocitos, ha terminado. En la pla-ya, en el resplandeciente valle de la som-bra de la vida, sólo perdura la oquedad del mar, que va y viene, va y viene, va y viene. El resto es el sueño de piedra del tiempo, del que Pocitos despierta renovado cada amanecer. Dispuesto a darle todo su amor a la multitud anónima, que como otro mar de humanidad, barre sus calientes arenas, modeladas con pasos desconocidos que pa-recen avanzar sin cesar hacia el porvenir.

J. R. CRAVEA.

(Especial para EL DIA).



empeñan en destruir el horizonte.



Por todos lados, la multitud de polifacético rostro.



Desde la casa de la familia Miró, la colina (sobre Polop) donde se asienta "Huerto de cruces".

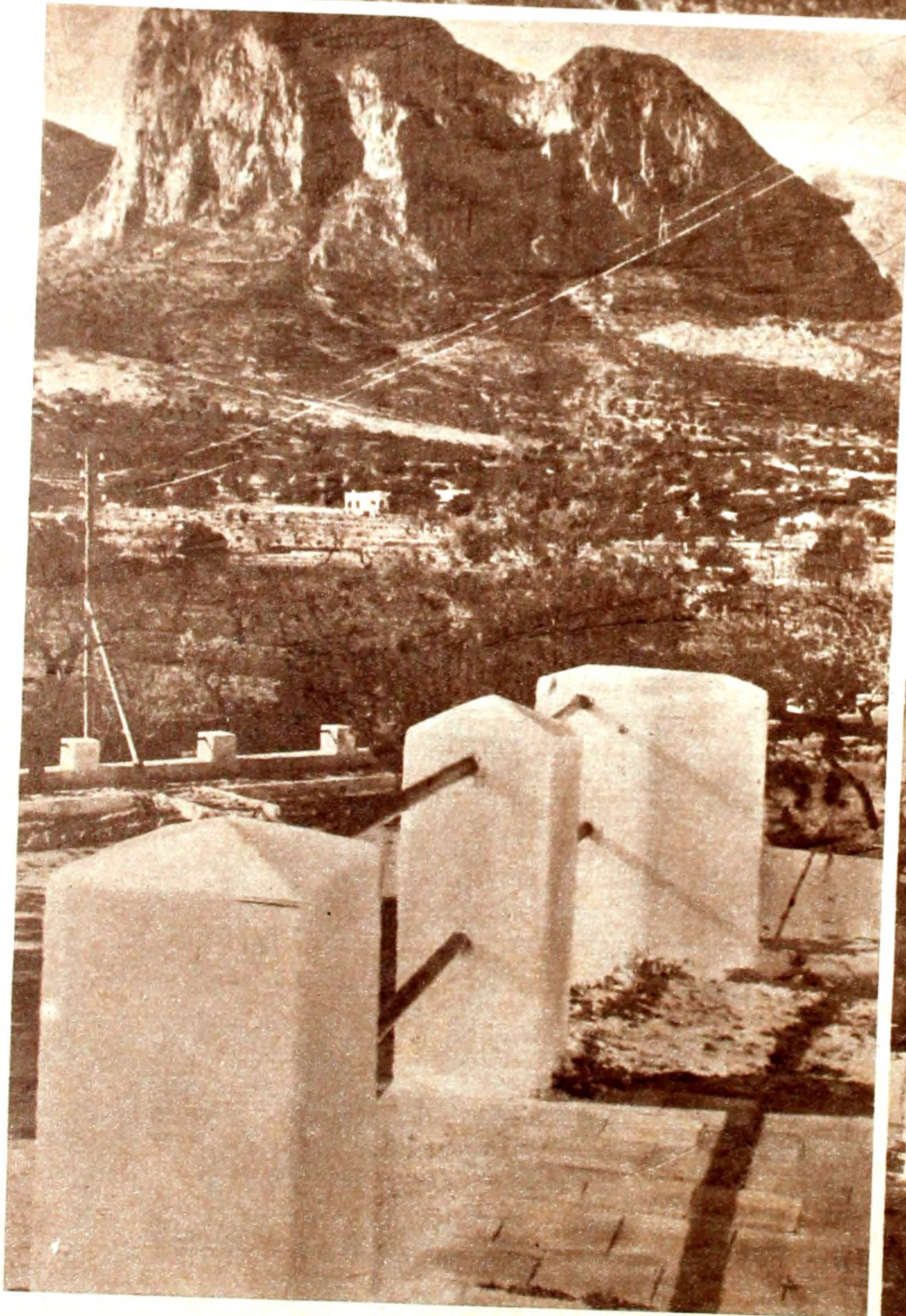
POR LAS VIEJAS TIERRAS DE ESPAÑA

POLOP DE LA MARINA

"¡QUE idealidad hemos ido dejando en algunas piedras, en algunas cosas que, hasta para mirarlas desde arriba, nos parece que se ha de levantar la frente!"

Tales palabras pertenecen al capítulo "Sigüenza, incendio y término", del maravilloso libro de Gabriel Miró, último por él publicado, **"AÑOS Y LEGUAS"**. Y las traemos al comienzo de estas líneas que os ofrecemos hoy, porque, como ninguna, señalan el verdadero espíritu de la obra mi-roniana: desde donde se la mire, hay que levantar la frente.

Cuando mayor falta me hacía levant[ar] ta frente que el máximo dolor me desp[...] al pecho, juntándoseme los dos en [...] tuve el acierto de emprender viaje [...] tierras tan queridas levantinas para q[ue el] mar y el sol, ausentes ambos del inv[ierno] castellano tenaz, pusieran en mi alma [...] ricia, ya que nunca pondrían su con[...] Desde Alicante, por las tierras molla[res] rojas, prietas de cosecha ubérrima, f[ui] a Polop de la Marina. Ante todo la [...] a la —ahora cerrada— casa de la fa[milia] de Gabriel Miró, casa edificada por su[s hi]jos fidelísimos en el solar que el padr[e ad]quiriera poco antes de morir y que no [pudo] edificar por su parte. Ya que no él mis[mo,] sí su memoria es la que contempla —[...] contemplando— lo que él viera y a[...] tan largamente. Venía con nosotras [una] amiga más, residente ésta en Alicant[e,] amiga querida de la familia Miró —I[...] Evans Haselden—, y que se conoce la [geo]grafía mironiana como una hija más del [...] cer. En la mañana de enero, gloriosa de [sol] y de mar —hasta Benidorm teníamos [el] mar al costado—, nos instalamos en la [te]rraza de Polop para mirar al pueblo [...] arrobo. En lo alto, "Huerto de Cruces", [el] cementerio que asistía *Gasparo Torr[...]* aquel campesino enterrador que hablab[a y] hablaba con *Sigüenza* (Miró) de la mu[erte] y de la vida, mientras liaba un cigarro g[...] y sonreía filosófico entre entierro y entie[rro.] Las páginas de "AÑOS Y LEGUAS" d[edi]cadas a "Huerto de Cruces" son tremen[das] e impresionantes; las palabras, terrones [lu]minosos que se transforman en piedras [...] liares traslúcidas, nos llevan por una e[ter]nidad indescriptible. Pero si *entonces,* [el] cementerio de Polop de la Marina se est[aba] derruyendo, ahora es ya un montón de [...] nas terriblemente carcomidas, abandonad[as,] pues el cementerio no se utiliza y pro[nto] desaparecerá. Desde su acceso, dejánd[ose] caer en un paredón con oficio de bar[anda] que lo rodea, se ve el mar; toda la hermo[sura] del Mediterráneo accede a nuestro[s] ojos para borrarnos la corrosión que detrá[s] del muro sigue su lento y cierto avance. El pueblo se amontona, alegre y blanco, a[l] pie del cementerio, del "Huerto de Cruces". Gabriel Miró subió muchas veces la cas[i] vertical cuesta que lleva hasta él, pues no hay otro modo de subir que el de ir andando; para hablar con Gasparo, de los muertos, de los olvidados y amontonados huesos na-



"El León Dormido", visto desde la terraza de la casa de Miró.



La casa que soñó, y su memoria vive, Gabriel Miró en Polop.



Entrada a "Huerto de Cruces".

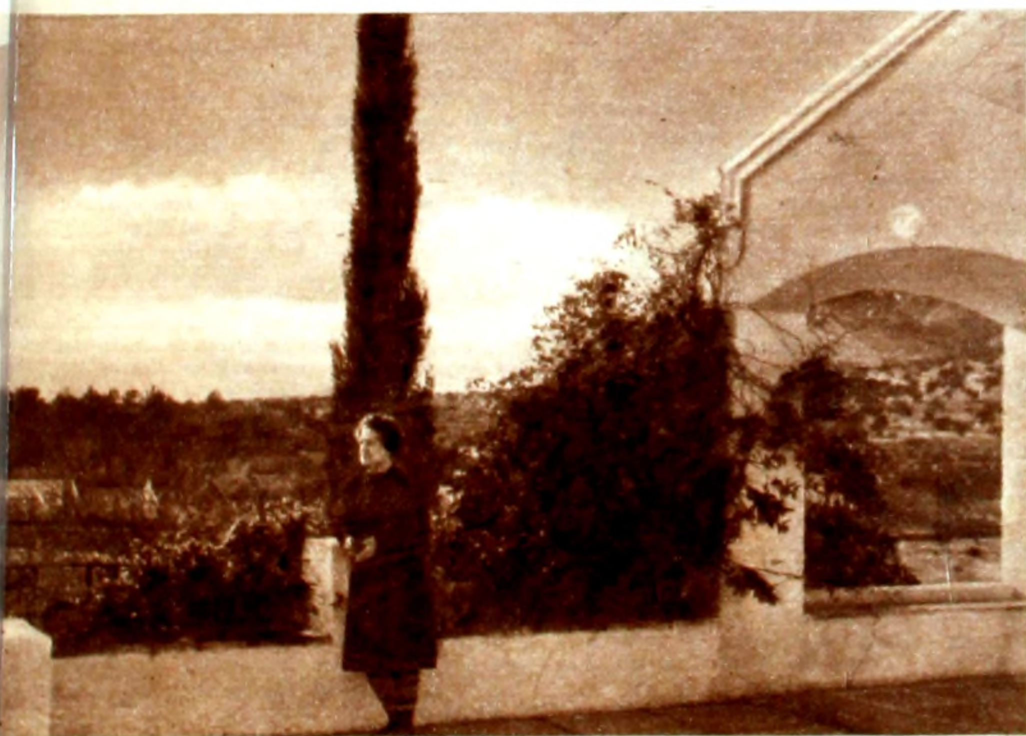
die sabía ya de quién, y de todo eso que los enterradores hablan con la serenidad de los justos. Y hasta de noche subiera, y como lo hizo vestido de blanco, tomáronle por "Fantasma" en el pueblo y se asustaron mucho. Hasta que le identificaron, tranquilizándose.

"...Ya principia a venir la tarde. La claridad es más azul; el aire más oloroso de campo íntimo, y el cementerio, con reposo, con silencio cerrado de "descansen en paz". Reposo y silencio "para siempre, siempre, siempre", dentro de la permanencia de la vida tan de nosotros, sin nosotros, sin nada de nosotros..."

De vuelta a la terraza del "lugar hallado" —la casa de los hijos de Miró, en Polop de la Marina—, leímos en voz alta, por pura delicia y amor, unas páginas que Doris se llevó a prevención, segura de que leeríamos. Y mi voz, pues a ella le cupo el consuelo, resonaba frente al monte que llaman "el león dormido" como una campana de amorosa complacencia para todo lo que evocaba.

Ya Benidorm no es lo que fuera cuando Miró vivía, por lo que a sus habitantes se refiere. Playa de moda internacional, plagada de turistas de todas las razas, es, sin embargo, acceso cómodo para llegar al cercano Polop y para adentrarse en la más pura geografía mironiana. La sierra de Aitana espera, con su salvaje hermosura recatada, y sus pueblos cimeros —halcones en las rocas posados—, y a ella iremos en seguida para buscar la terrible y escarpada belleza de Guadalest.

Polop de la Marina, desde "Huerto de cruces".



El ciprés que plantó Clemencia Miró, en "el lugar hallado".

Tiene todavía Polop de la Marina una casona remansada para que el viajero coma y beba plácidamente por poco dinero, y al lado, donde tomar café bueno, café de veras, refrescándose de caminatas entre hierbas olorosas. Allí nos detuvimos nosotras un tiempo inevitable, mientras se nos hacía impaciente el ansia de seguir los caminos que nuestro inolvidable amigo y maestro tantas veces —a lomos de caballería buena conocedora de sendas entre barrancos— recorriera por el placer de señalárselos, levantando su hermosa frente clara, a la humanidad apresurada y distraída. Nos prometimos entonces, y hasta creo que lo cumpliremos, llevar a gentes de hoy en peregrinación que culmine el 27 del próximo mayo, 31 aniversario de la muerte de Miró.

Carmen CONDE

(Fotografías de la autora)

(Especial para EL DIA)



En el patio descubierto del Museo de La Magdalena, estelas e ídolos de piedra evocan civilizaciones remotas que florecieron en el suelo peruano.



Una momia de Parakas, todavía rodeada de objetos y prendas que encerraba el fardo, milenario testigo de un imperio desmoronado.

CRONICAS ANDARIEGAS

EL MUSEO ARQUEOLOGICO

RECORRIMOS con cierto pavor íntimo el Museo Arqueológico de Lima. El pasado remotísimo impone la majestuosa irradiación del misterio, el soplo elegíaco del orbe extinto, la escalofriante aventura de lo desconocido, sobre el presente sin respuestas. Y sólo con recogimiento supersticioso pueden cruzarse esas salas en las que está de más el individuo actual, porque únicamente tiene ahí vigencia lo que se fue, lo que no volverá nunca, la extraña paradoja de la supervivencia de la muerte.

En el gran patio cuadrado del Museo, estelas y monolitos esculpidos, o ídolos de aspecto enigmático, emergiendo del césped y entre plantas, nos dan la sensación de que estamos invadiendo un curioso cementerio. Eso es lo que remedan las piedras herméticas. Y en cierto modo eso es también lo que hacemos. Porque allí yacen los dioses olvidados, los sepultados ritos de estirpe milenaria, las tumbas simbólicas de una civilización que aún muestra sus trofeos, los perdurables vestigios de sus glorias pasadas. Estamos hollando una inquietante etapa de la cultura de América, ¿y cómo no sentirnos fuera de lugar y de época, intrusos en ese recinto de centurias detenidas, si allí todo es un clamor de las cosas que yerguen su victoria frente al hombre efímero?

Pasamos entre una doble hilera de cabezas demoníacas, de expresión espantable, no sin reprimir algún escalofrío, no sin sentir algún malestar. ¿Qué hay detrás de los aviesos ojos vacíos, de las fauces crueles, de los intimidantes colmillos de esas "cabezas-clavas" sacadas de los templos de Chavín, hieráticas y temibles en su mudez, qué intención encierra ese mundo de seres míticos, que se revisten de una alegoría de indescifrables dimensiones? Estas "cabezas" de fisonomía trágica, empavorecedoras crean una sensación de miedo y angustia, y su presencia siniestra nos hace meditar acerca de la compleja y dramática mentalidad de sus oscuros creadores. Al salir de la sala que las alberga, aun nos parece llevarnos clavada en la espalda, la mirada i[...] penetrable de aquellos monstruos seve[...] y temibles.

Muy cerca, nos hallamos en medio de [...] ídolos arcaizantes de Tiahuanaco, la antig[...] civilización que se repliega en su secreto, [...] los vasos constelados de signos mágicos. M[...] allá, el exponente artístico de la cultu[...] Chavín, cultura de cuatro mil años cuy[...] reliquias traslucen una concepción estéti[...] evolucionada, no exenta de telúrica poesi[...] palpable en las ya citadas "cabezas-clava[...] su gusto por las estatuas gigantescas, q[...] como los pilares líticos esculpidos —ejemp[...] notable: el "Lanzón" del templo de Chav[...] de Huantar—, empinan su soberanía prim[...]tiva de destronados dioses totémicos exil[...]dos de sus antiguos adoratorios.

Al lado casi, la cultura Nasca despleg[...] su esplendor, su criterio decorativo, el dec[...]llismo en la ejecución minuciosa de que hi[...]cieron alarde los ignotos alfareros que lle[...]varon a los famosos ceramios, el testimoni[...] de sus creencias religiosas y su sentido so[...]cial, la geométrica ornamentación que tra[...]sunta un mundo moral organizado y riguro[...]so, un universo estético basado en la repre[...]sentación ideográfica de dioses y animales. Las formas se complican al recargarse la simbología. Al esquema primario, a la silueta del pez o del gato, de la serpiente o del dragón, se añaden atributos, cetros, rayos, que aumentan el prestigio sobrenatural.

Impera también con vigoroso realismo, el arte formidable de los Mochicas, retratistas de inusitada maestría plástica, vitales, poderosos en la captación de rasgos y actitudes y pintores fieles de la naturaleza, de las enfermedades, las mutilaciones, copistas de rostros expresivos, intencionados, registrando toda la gama de sentimientos y pasiones, y que fueron singularmente veraces en la llamada "cerámica obscena", que expone vicios y corrupciones con lujo de detalles, pero generalmente con un propósito educador como guía. Contrastan con esos huacos licenciosos, los ceramios de la cultura Chimú, atenida por lo general a las escenas de familia y los motivos domésticos. Seres que vivieron y murieron hace miles de años, continúan alentando, invisibles, junto a estas huellas de grandeza de una civilización todavía no desentrañada del todo, en la piedra de estelas y monolitos, en la arcilla con que modelaron sus cacharros, aunque sus cenizas se hayan dispersado a lo largo de muchos siglos, mezclándose con el suelo peruano.

De pronto se nos ocurre que todos esos cántaros que retratan rostros humanos, son una pesadilla de cabezas cercenadas que siguen asomándose desde el fondo de la historia, burlonamente triunfantes de la hora que pasa.

No podemos dejar de pensar en el hombre que anduvo sobre la tierra, el que conducía el rebaño de llamas, el que cocía en hornos rudimentarios piezas de alfarería delicada, el que tejía en telares primitivos tejidos milagrosos, el que tañía quenas llorosas por los valles abruptos, el que entonaba yaravíes derrotados bajo la luna, el que ostentó las insignias del mando con el mismo orgullo con que el amauta o el haravicu reivindicaban su condición de poetas, el que con ciencia de arquitecto y matemático edificó, inamovibles, templos y murallas, palacios y altares...

Como respuesta a nuestras reflexiones, vemos en grandes vitrinas, conservados como joyas, los tejidos maravillosos de las necrópolis y cavernas de Parakas, mostrando su policromía suntuaria, la riqueza de colorido y de dibujos, la finura inexpresable de la trama de esos mantos que acompañaban a la momia en su atadijo postrero, pues nunca osaron cubrirse con ellos seres vivos. La fantasía y los matices, derrochan en esos tejidos fabulosos, la fiesta lujosa del más allá, que se iba en el fardo, junto con el difunto, y sus abanicos de plu-

as coloreadas, sus áureos adornos, sus co-
ares de cuentas, sus brazaletes de hueso,
s espejos y huacos votivos, todo lo que
ciera grato el tránsito funerario por la
ra vida. La momia encuclillada, atada,
estida, rodeada de su ajuar, emerge de su
quete, muerto de lujo para la travesía
e los siglos. Hombres vinieron más tarde
profanar las huesas, a excavar, a investi-
ar con fines científicos las selladas huacas,
arrancar del polvo en que dormían a esos
dáveres ricos de aportaciones imprevis-
s, y fue el desfile de los cuerpos exhu-
ados, de nuevo hacia la luz de la existen-
a y la exhibición como curiosidades sin
dad. Altos maniquíes vestidos con ropajes
rovenientes de los fardos, trajes de cere-
ocnia de jefes o sacerdotes, alzan su esta-
ura detrás de los vidrios que resguardan
s viejísimas telas, con arrogante empaque
óstumo, y deslumbran los *llautos* suntuo-
os hechos con estos tejidos de Parakas
que según se ha dicho, "representan una de
as sorprendentes realizaciones de arte tex-
il del mundo".

Nada nos ha impresionado más [illegible]te
importante Museo limeño, que esos docu-
mentos mortuorios que atestiguan la cadu-
cidad del ser humano. Ni todas las vasijas precolombinas, ni todas las piedras esculpidas, tienen la elocuencia patética de los pretéritos huesos que un día fueron criatura viva, y las momias del incario, sagradas, dignas de reverencia, casi obligándonos a desviar la mirada que escruta ávidamente su rostro milenario, en su pudor inútil y su lamentable desnudez, entristecen con su decrepitud; negadas a la destrucción, obstinadamente supérstites, el mundo en que reinaron se desmoronó y ellas quedaron en la impavidez silenciosa de quienes asistieron a la desaparición de su propia grandeza.

Hay museos en los que se hospeda el hombre, la huella de su paso por la vida, su pasión y su drama, su pensamiento, lo dinámico de la Historia. Pero en el Museo Arqueológico de Lima, el huésped es más grave y solemne, menos comunicativo y más impregnado de inenarrable melancolía.

Porque en él, imperioso, dominante y eterno, se aloja el Tiempo.

Dora Isella RUSSELL.
(Especial para EL DIA).



Una notable pieza de cerámica procedente de la zona de Cuzco.

DE LA MAGDALENA



Motivo seminaturalista bordado en un manto de Parakas.



Cerámica Mochica, de impresionante realismo.
(Fotografía Juan Caruso)



Cabeza-clava del templo Chavin de Huantar, cuya réplica puede verse en el Museo Arqueológico de Lima.



FERNANDO FADER — "Fin de invierno".



ERNESTO SIVORI — "Cabeza de anciana". Oleo.

COMISION NACIONAL DE BELLAS ARTES

"100 AÑOS DE PINTURA ARGENTINA"

LA Comisión Nacional de Bellas Artes, con el patrocinio del Ministerio de Instrucción Pública, y de la Embajada del país hermano, inauguró el día 20 la Exposición titulada, "100 Años de Pintura Argentina". Ochenta y ocho obras totalizan el envío que, en simpático gesto, se adhiere a la "conmemoración del sesquicentenario del Grito de Asencio". Representan a través de diversas escuelas y tendencias, las técnicas que acudieron a hacer efectiva la evolución de dicha pintura, y si hallamos representaciones del 1800, en toda la sabiduría de oficio y el sentimental apoyo de un tema característico de la época, "La vuelta al hogar", Mendilaharzu, podemos asimilar el impresionismo de Malharro, con intenciones de envoltura en el color, y las conquistas de entonces, descubriendo la luz en las sombras y cediendo al azul y verdes amarillos, la prioridad de una vivacidad que se hace algo agria por no poseer la fineza sutil de aquellos franceses. Si hemos acudido a estos dos ejemplos algo prematuros para comenzar, es porque son oponentes en su raíz misma, y porque configura la pintura de taller, que se estilaba, y la salida de la pintura al aire libre, donde la naturaleza brindaba a los artistas todo el acopio de su relumbrante belleza. Sin embargo, observando la obra de Mendilaharzu, se advierte al pintor de sapiencia técnica y al dominante de la escena interior en sus dos faces: objetiva y subjetiva. El "Retrat[...] Don S. Calzadilla" de Pueyrredón, sos[...] el estilo de la pintura serena y repo[...] pensada; exhibiéndose la acuarela de [...]llegrini, "Un alto en la pulpería", co[...] dibujo detallista. Anotamos el "Retrat[...] G. R." del pintor Franklin Rawson, y [...] dos buenas telas de Sívori, que se desp[...] de de la meticulosa prescindencia del o[...] para enfrentarse con él, y realizar el "A[...]rretrato" y "Cabeza de anciana", con la[...] vencia y la variedad de recursos inspir[...] en las características del modelo. El "[...]got", de Schiaffino, es una buena fi[...] tratada con destacada técnica. El "Aut[...]trato" a contraluz de Ballerini, nos mue[...] un artista joven, y que sabe ubicar y [...]manar la tonalidad con justo sentido [...] modelado pictórico. Una severa "Natur[...]za muerta" de Etchart, y un pequeño c[...]drito de E. de la Cárcova, pintor que p[...] estar representado mejor. Más cercano, [...]món Gómez Cornet, nos ofrece en "Fig[...]ta de niña" todo el carácter de una pi[...] notablemente ejecutada y sentida: por [...] expresivo don plasmado en una modalid[...] bien definida y limpia, y que asume, en [...] enjuta figura, las características preferid[...] por el artista. "El Embrujador" de Quin[...] mantiene los valores que destacaran [...] obras de conjunto en la exposición realiza[...] no ha mucho en la misma sala. Agrega[...]mos el nombre de Jorge Bermúdez con [...] buen retrato, y el interés de la pintura [...] el original tema de "Billares", obra de T[...]



GRACIANO MENDILAHARZU



JUAN C. CASTAGNINO — "Madre". Oleo.



CARLOS VICTORICA — "Paquita". Oleo.



...N GOMEZ CORNET — "Figurita de niña". Oleo.

..., que tuvimos oportunidad de ... creemos que en una muestra ar... Punta del Este hace dos años. ...nocimos la pintura de Del Prete. ...pareció superior a este envío. Su ...en Rojo" posee desde luego sus ...ecursos de experimentado pintor, ...reducidos a una expresión decora... C. Castagnino, alude a la soltura ...zo en sus telas "Madre" y "En el ... dejadas al sentido instintivo del ...esgrimiendo una combinación co... fresca resonancia. El estilo de ...n apariencias y recuerdos de la ...xpresiva de Morandi, aparece con ...da sencillez y sus elementos hu... Miguel Diómede, en "Cabeza" e ...imprime una fina materia, con es... que espiritualizan su ideal de ... Antes de seguir enumerando las ...los pintores de esta muestra, que... delantar los valores esenciales de ...as pinturas de Spilimbergo: "Figu...a de modulaciones de color y de ... preocupación por dar a la pintura ...pto radicalmente severo del dibu... modelado fuerte y empastado, nos ...a memoria algo de Berni, al que ... incluído en la muestra. Hallamos ...ica con dos telas: "Paquita" y "Na... muerta"; la primera una figura en ... notable sentido pictórico y sínte... medios ejecutivos. El pintor, emotivo ...ta, agrega a ello su cuadro de fru... en "grisaille", dejado en la pre... de un rápido encuentro con la na... y luego descifrado en el idioma de ... pura pintura: sincera y veraz, es... y rica de materia. Lo opuesto es ...miento cubista llevado a la geome... de las formas por Pettoruti, que ... composición Picasiana de la época, ...e deja sentada una técnica limpia, aunque fría y decorativa. "Mujeres en el interior" de Basaldúa, entra en la era moderna con ribetes de espacios planistas; rigurosa en composición de colores primarios y de dibujo recio, aunque a nuestro entender, la deformación en el dibujo, caracteriza ya los pasos hacia una pintura más frontal. Anotamos una original técnica en Sambartes con sus "Personajes Mágicos" en cromo al yeso. Ya entrada la pintura a la versión moderna, se intensifica por sus valores nuevos al emparentamiento de los movimientos europeos, y padece como en todos los países, de las evoluciones consignadas a las inspiraciones sobre los pintores de vanguardia como Miró, en la composición de Laura Mulhall Girondo, en sus amarillos de base, y en los elementos gráficos que apuntan el detalle de sus cuadros. El estilizado colorido de Grandi en "Composición", que llega una versión de coloración en su "Mujer en Blanco".

En Bruno Venier, los elementos naturales no son despojados; en cambio los reduce a un complemento del color, y en V. Forte, se clasifica ya el orden de los planos que recalca Moraña con sus cuadros de "Jaula". La pintura de paisaje de Fader, no creemos alcance a representar lo que este artista es para la pintura argentina. Sus cuadros de paisajes con animales, son tenidos por ejemplos de tal característica, y el "Fin de Invierno", aunque revela desde luego el impresionismo y el sólido empaste no completa la personalidad de uno de los más destacados pintores de su época.

Existen algunos cuadros como el de Ramón Silva, que no nos explicamos su inclusión. Obra agria de color, y de ejecución morosa y elemental, contrasta con la mayoría de las telas expuestas. Cerca de este cuadro hallamos "Las orillas del Sena" de Viau, y la "Fifí l'oise au" de De Libián, un cuadro irregular, acertado en algunos aspectos y fallido en otros. Podemos agregar la "Naturaleza muerta" de Cogorno, y otras telas que completan la muestra, que a nuestro entender pudo ser muy superior, si se hubiera seleccionado con más amplitud, al traer las mejores obras de estos pintores, muchos de los cuales no alcanzan a dar una idea de sus cabales dotes. La Exposición permanecerá abierta en la sede de la institución, Buenos Aires 668, y posiblemente se exhiba en Punta del Este, según el catálogo lo indica.

Eduardo VERNAZZA

(Especial para EL DIA)



...GUEL DIOMEDE — "Irene". Oleo.

LINO SPILIMBERGO — "Figura". Oleo.

ILLESCAS Y EL GRECO



San Ildefonso, obispo de Toledo. Cuadro del Greco en la sacristía de Illescas. (Toledo.)

BAJO un sol de primavera nos acercábamos a Toledo ya en un tercer peregrinaje hacia su ámbito. La llanura (tan severa y magnífica) de Castilla la Vieja, nos mostraba los trigales de verdes casi dorados, los cuales, unidos al rojo estallante de la amapola, daban a la contemplación una idea de avidez inalcanzable. Los olivos en láminas ardientes parecían destellos de Grecia cautivos en la melancolía del paisaje. Mientras que dolientes comunidades aparecían de trecho en trecho —Esta es Castilla— repetía la voz de la nostalgia. Su enigmática presencia hería y reconfortaba a un tiempo.

Cuando leímos el nombre de Illescas, "con cinco Grecos" (como indicaba una tabla colocada a la entrada de la población) nos detuvimos ante el hospital-convento de la Caridad, próximo a la iglesia en donde están esos alucinantes cuadros del cretense-español. La iglesia, recatada, no daba la impresión de que en su seno se expandiera semejante fragua de pintura. Una religiosa nos condujo hasta el altar donde queda el primero de la famosa serie plástica. Representa a la Virgen rodeada de ángeles. Revelación y ensueño andan fundidos en el esplendor caótico de esta obra. Los colores puros (sobre todo la vestidura de la Virgen, de un grana corinto), descuellan en un enternecido misterio teológico el gran asombro que agita (integrando) al cuadro. La mística evidenciada en forma radical, de una figura aterradora. Como un relámpago, como un oleaje sin llegada, intención de irrealidad que se desborda por encima de lo estrictamente expositivo para residir en la zona de lo recóndito.

La monja que nos guiaba en la extensión del templo ilimitado en el arte del Greco, nos condujo después ante el San Ildefonso, obispo de Toledo, realizado por la mano devoradora de imaginación. Allí la hondura del rostro y el ropaje litúrgico en una sola línea estética, forman la consumación del delirio creador.

En un breve recinto semicircular quedan los otros tres cuadros que exalta la belleza. Vírgenes, ángeles, nubes, flores, y presidiéndolo todo en una imponente jerarquía, el Espíritu Santo. Qué sortilegio de luz en el Nacimiento, con la vestidura de la Madre en un despliegue de excelsitud donde el encarnado (de mar helénico) ofrece todas las posibilidades de la embriaguez óptica. Y naturalmente lo que está sacudido de sobrenaturalidad: la Anunciación, no ya en espectral mudez de amarillo-celeste a lo Fra Angélico, sino en un apogeo de llama y frenesí de su propia tonalidad.

Afuera, la mañana mecida por las flores era evidentemente una noticia que carecía de nexo con los trabajos reverenciados en la iglesia del convento de la Caridad, de Illescas, la tosca región castellana con mil años de edad. Nos detuvimos en algunos rincones de la que fue comarca habitada por criaturas de la prehistoria con su artesanía balbuceante en el sílex. Ahora no cabía lo comparativo entre el ensueño desgarrador de lo arcaico y el refinado aliento artístico del Greco. Simplemente era la constante evidencia de que la creación, su espontánea raíz en la sensibilidad humana, en cada época la vida se dirige a la intemporalidad de la belleza invicta.

Illescas envuelta en su transparencia de cal y pobreza campesina resultaba una férvida extensión gracias al mensaje de un pintor incomparable. Eso, tan humilde y tan sagrado a la vez, pese a quienes creen abarcar al mundo con una caja de caudales. Era una lección de dignidad a la postre, la franciscana apariencia de Illescas con el tesoro que guarda en los pobres claustros del templo.

Cuando entramos de nuevo a la carretera, la irisada fuerza de la tierra dominaba el horizonte. Reiteradamente vibraban las alegría sensoriales: trigales, olivos, amapolas y tomillos.

Pero ya nos encontrábamos en las cercanías de Toledo, la imperial, la mítica, la de las siete colinas. Ahora reanudábamos el camino abstracto y vital de la hermosura dealizada y lograda. Así, la luz del día con su primavera presidida por la rosa y su región del encantamiento (la rosa es la flor capit[...] de la maravillosa heredad hispana), ent[...]gaba su confín secreto, mientras la inve[...]tiva humana trazada en poema, en pintur[...] descorría el manto de la Belleza.



Los colores puros sobre todo la vestid[...] de la Virgen, de una grana corinto desc[...]llan un apogeo de llama y frenesí. (Cua[...] del Greco, en Illescas. Toledo.

Jean ARISTEGUIETA

(Especial para EL DIA)

CANCION DE LAS GUAJANAS

La autora ocupa en Puerto Rico un lugar de consideración por la maestría con que domina en prosa y verso, el género infantil. También ha pintado con acierto y emoción, motivos de su patria, y la presente página lo confirma.

TE he mirado, Isla, parida de guajanas. Se dijera que Dios, acariciando tu dolor intenso, te hipnotizara de belleza. Me duele ver cómo invaden los tiernos cerros infantiles. Cómo van ordenando en su avance la caída de los árboles para esplender lujosas. Cómo te van arropando con su manto de espuma clara... ¡Pero en qué lindo plumón inocente sobre tu cuerpo florecen! Por su belleza, por la tuya propia, es que les canto...

¡Guajana! ¡Canción al viento! Por las flautas de tu tallo sube mi tierra a mirar al cielo. Asoma en ti con leve rubor de infancia. En ti madura, ágil y espumosa, su maternidad lograda. Se ofrece en ti, polvo de belleza. Se plasma en ti, dulzura de fruto. Déjame mirarte así. Déjame gozarte ahora, cuando eres la cabellera hermosa del cuerpo de los verdes. Ahora es cuando semejas ala de luz tendida para empollar el sueño de mi tierra...

¡Guajana! Cuando la tarde es una paloma en el pecho de la isla, te he sentido palpitar, zureante, entre los coquíes de los llanos. Te he visto triscar cerros arriba y echarte bajo las nubes, lomo con lomo, hermana de ella. Tinta en sangre de soles, escribes tu manifiesto ardiente proclamando la zafra y sentenciando el tiempo muerto. Es un metálico pregón que inunda el paisaje. Tu plumón cosquillea en los ojos del cortador de caña, mientras él saca filo a su esperanza en la piedra del viento. Entonces te vuelves bandera de una patria de machetes. Pabellón de unos hombres que caminan con el sol a cuestas mientras les quema las manos un enjambre de cucubanos relucientes... Cuando ondeas en tu asta de verdes, se les cuajan las palabras, caramelos ardientes. Hierven en el pecho las calderas de los sueños... Arde por ti el hombre, mártir de tu hermosura. Va tras el pregón que izaste, por las heridas recién abiertas en el cuerpo del cañaveral. Ras... ras... ras... Va picando, picando, cortando, tumbando el verde sueño de hermosura. Cruje el imponente laberinto. El hombre avanza, transido por la sed, herido por las espadas verdes. Ciego por el cristalillo vengador de la pelusa que se desprende del cuerpo caído, de los brazos en alto. Sed... Sol... Heridas... Es entonces cuando la vida de mi tierra se fuga por los tallos de la caña. Es cuando llora el campo sus lágrimas de almíbar. Es cuando se detiene la luz a lamer las hondas cicatrices abiertas. Es cuando el viento huye con los ijares desgarrados, entre un olor a lamento y a sangre de caramelo. Es cuando por los caminos del cielo se extiende un algodonal tinto en sangre de soles. Es cuando me arde en las pupilas un retazo de angustia como rebelde pabellón.

Entonces, ¡guajana!, ausente tu hermosura, olvidada ya de tu magia, te culpo de los árboles roídos, de las hondas cicatrices renegridas que manchan la piel de mi tierra. Detesto entonces tu pabellón triunfante. Acuso por falso tu plumón airoso de conquistador. Reniego de tus promesas de dulzura. Me arranco de los oídos tu pregón metálico. Entonces mi corazón llora un responso ante el cuerpo herido, maltrecho, lacerado, de mi tierra. Es un responso ante el incensario, ante las moles humeantes que exprimen un sueño de hermosura...

...Pero vuelves a levantarte, ¡guajana! Espumosa. Tierna. Cabritillo luminoso. Infancia rosada... Y vuelve mi corazón a mecerte, a acunarte, a cantarte, mientras sube mi tierra a tu ventana de luz para mirar el cielo, ruborosa, transida de ternura en su maternidad lograda...

Ester FELICIANO MENDOZA.

(Especial para EL DIA).



Caña de azúcar en flor.

HARRIET BEECHER STOWE,

LA PEQUEÑA MUJER QUE GANO UNA GRAN BATALLA



...riet Beecher Stowe, en la época en que escribió su más difundida novela.



El tío Tom, según una vieja edición del libro.

...deja de ser significativo y memorable el hecho de que, en América, haya ...spondido a tres mujeres —tres nove...— una obra valerosa de reivindica... de seres humildes y explotados: la ...lounidense Harriet Beecher Stowe con ...an popular novela "Uncle Tom's Ca...; y las peruanas Clorinda Matto de ...ner y Mercedes Cabello de Carbonera, ...sus novelas "Aves sin Nido" y "Doña ... Así como la obra de Harriet Stowe se ...ra en la defensa del negro esclavo, abo...lo por su libertad, las novelas de sus ...gas peruanas luchan por la compren... y la justicia hacia el indio y el mes... del altiplano andino, cuya explotación ...humanas condiciones de vida llegaba, ...el siglo pasado, a expresiones realmen...rágicas. Fue más efectiva, en sus con...iencias, la obra de la estadounidense, ...mien las de las peruanas sembraron la ...milla, que luego fue fructificando y sen... ...as bases de la novela indigenista, cuya ...uencia en la vida social de las regiones ...nas es amplia. Es cierto que en el si... pasado no faltaron poetas —sobre to... el estadounidense Longfellow y el bra...ño Castro Alves— que alzaron su voz ...gnada contra la esclavatura. Pero, a ...ar de la popularidad que lograron sus ...os, creemos que la novela, por dar más ...ctamente la imagen de la vida, de los ...chos, de la historia, realizó obra más ...da en el pueblo. Podrían recordarse ...s novelas que también se inspiraron en ...piedad del negro esclavo, como —por ...mplo— las de Cirilo Villaverde o de ...trudis Gómez de Avellaneda, ambos cu...os, pero es evidente que carecen de la ...cendencia de las realizadas por la auto... de "Uncle Tom's Cabin" y de las que ...man Clorinda Matto de Turner y Mer...es Cabello de Carbonera, nombres, es... dos últimos, que deberían ser más re...dados por los historiadores de la litera...a latinoamericana , debiendo agregar ...para ser justos— que, felizmente, en ...enos Aires, existe una importante insti...ión cultural con el nombre de la auto... de "Aves sin Nido".

Harriet Beecher Stowe nació en Litch...ld, Estado de Connecticut, el 14 de ju... de 1811. Era hija del Reverendo Ly...an Beecher y fue educada en un ambien... de estudio y de espiritualidad. Siendo ...queña, tuvo amistad con niños negros, ...pecialmente hijos de los criados de su ...sa, donde siempre hubo espíritu de fra...rnidad humana. Aunque empezó a escri... desde niña —se recuerda, al efecto, ...a composición suya, de precoz carácter ...etafísico— no publicó libros sino después ... los treinta años. Su educación se realizó ...imero en Litchfield, luego en Hartford, ...onnecticut. En 1836 casó con el Reveren... Calvin E. Stowe, profesor de un semi...ario. Su primer libro apareció en 1843, ... novela titulada "Mayflower". Pero no ...a ése, ni ninguno de los otros de su nu...erosa bibliografía, el libro que habría de ...eñalarla al mundo de las letras. Viviendo ...n Cincinati empezó a observar la vida de ...s esclavos negros y a ahondar su piedad ...acia sus amarguras e injusticias. Debe también recordarse a su hermano Edward Beecher, hombre de espíritu ejemplar, quien constantemente la estimulaba a escribir contra la esclavatura, especialmente contra la crueldad de aquellos que perseguían a los negros fugitivos. El libro que haría famosa a Harriet apareció primero en forma de folletín, durante los años 1851-52 en "The National Era", periódico antiesclavista que aparecía en Wáshington. La publicación en libro de "Uncle Tom's Cabin", en 1852, significó un éxito clamoroso; los ejemplares se vendían vertiginosamente, todo el mundo hablaba de la novela y de su vigoroso alegato contra la esclavatura, así como de las numerosas traducciones que de la obra aparecían en el extranjero. A raíz de ese éxito, la autora realizó un viaje a Europa, al año siguiente de dicha publicación. Debe anotarse asimismo que el éxito no la envaneció, sólo la estimuló a trabajar más y más. En su larga vida produjo muchísimos libros, pero —insistimos— su mensaje quedó en "Uncle Tom's Cabin", aunque puede también decirse de los valores de sus obras tituladas "Agnes of Sorrento" (1862), "Little Foxes" (66) y "The American Woman's Home", obra, esta última, escrita en colaboración con su hermana Catherine E. Beecher.

Puesto que hemos recordado a Clorinda Matto de Turner y a Mercedes Cabello de Carbonera, evoquemos asimismo que, en tanto que estas dos valientes escritoras (sobre todo la segunda) fueron atacadas por el coraje con que denunciaban en sus páginas la explotación del indio de sus tierras, la novela de Harriet Beecher Stowe, si bien no careció de impugnadores, sobre todo en las tierras del Sur, (como es natural), fue en general recibida con beneplácito, sin duda porque venía a decir clara y fuertemente lo que casi todos pensaban. Y no es que la novela no esté exenta de defectos: los tiene, como las de sus colegas peruanas. Estas obras escritas en base a una tesis, difícilmente son de arte. La de Harriet Beecher Stowe es deficiente en su arquitectura y en su lenguaje novelístico, a pesar de la buena cultura literaria de la autora, lectora devota de Lord Byron. Pero también debe reconocerse sus valores: la habilidad y originalidad de la trama, su tensión, su vigor y su ternura a la vez. Cae a veces en lo melodramático, pero ello no le impide lograr su objeto: emocionar al lector. Conocedores profundos de la vida de los negros sureños de Estados Unidos en aquella época, han señalado inexactitudes en las descripciones de esta novela, pero nosotros señalaremos —y elogiaremos— el carácter hondamente intuitivo de sus más destacados pasajes. Y la colaboración enérgica que sus páginas significaron para la abolición de la esclavitud en el país en que fueron escritas. No olvidemos de subrayar que así como Harriet Beeche Stowe no fue vanidosa, tampoco fue materialista. Es cierto que su novela le dio largas ganancias, pero es cierto también que continuamente estaba en apremios económicos, por su espíritu generoso, muy especialmente por la largueza con que ayudaba a su hermano en la edición de "The Christian Union", un periódico cuya distribución sólo dejaba pérdidas económicas, pues significaba la realización de una obra idealista, un tanto quijotesca.

La literatura abolicionista fue muy extensa y valiosa en Estados Unidos, en el siglo pasado. Está íntimamente enraizada al movimiento romántico. Además de los numerosos políticos y oradores, bueno es recordar que ensayistas de la talla de Ralp Waldo Emerson y de Henry David Thoreau alzaron su voz denunciando la infamia de la esclavatura. Y que, entre los poetas, además del ya mencionado Henry Wadsworth Longfellow, que fue prestigiosísimo, dos autores de gran popularidad realizaron vasta obra abolicionista: James Russell Lowell y John Greenleaf Whittier, especialmente este último, en sus libros de poemas "Voices of freedom" y "Massachussetts to Virginia". Pero toda esta obra reunida —con ser tan rica y trascendente y en muchos casos tan cerca del espíritu del pueblo— no tuvo la trascendencia, la efectividad del "Uncle Tom's Cabin".

En Hartford, Estado de Connecticut, se extinguió el 1º de julio de 1896 la vida de esta escritora, a quien —al estrechar su mano, enfrentándola por vez primera— la saludó Lincoln con esta pregunta: "¿Es ésta la pequeña mujer que ganó una batalla tan grande?"

Gastón FIGUEIRA.

(Especial para EL DIA).



La célebre cabaña, en una ilustración de hace más de un siglo.

VIEJO TEXTO DE GEOGRAFIA

¿POR qué ciertos libros, abandonados, maltrechos, fuera de lugar, en los que el tiempo y el olvido hicieron su obra, nos atraen tanto?

Un día, revolviendo un armario, apilando papeles, buscando otra cosa, aparecen en el desorden. Ni recordábamos su existencia, hasta dudamos sean realmente de nosotros. Y de pronto, dejando lo demás, nos damos a pasar detenidamente sus páginas. Es un volumen que leímos en la adolescencia, sí, o después, y que fue quedando ahí, donde está. ¿De un cronista trashumante, que trata de ciudades, desiertos, peñas literarias? ¿O aquel "Cien Lecturas Variadas", pequeño mundo angular, cuyos contenido rebasa ahora el nombre del propio autor? Libros rectores, que se leen con provecho, con interés, con encanto siempre; que fijan ideas que se dispersaron con el tiempo; que apuntalan el espíritu hoy, como le encendieron ayer; que ayudan a vivir.

Pero, ¡qué se compara a encontrar un libro de esos, que tiene escritos olvidados nombres, fechas lejanas, caprichosos trazos hechos por nosotros, por nuestra propia mano infantil, en sus páginas arrugadas!

Hemos hallado así, al azar, este viejo texto de Geografía "por Pedro Martín". Alguien puso con caligráfica letra el nombre de Celia en la tapa, y tiene la fecha borrada. "Montevideo, marzo 15 de 19...". Pertenece, pues, al período en que se inician las clases. Abriéndolo, leemos ávidamente el párrafo inicial: "Horizonte es el círculo que limita nuestra vista a lo lejos y en el cual parece juntarse el cielo con la tierra". Observamos la inocente ilustración de la página, un niño que se orienta, que se orienta por sus propios medios, y hallamos en ese niño cierto parecido físico con nosotros. Es singular, pensamos, y nos disponemos ya resueltamente, a transitar por estas páginas descriptivas: "La ciudad de Montevideo, capital del Uruguay, es la sede del gobierno, del cuerpo diplomático y del arzobispado".

El Dr. Mariano Soler acude entonces de inmediato a la cita. Fue allá por el 85, diez años antes de ser arzobispo, cuando escribiera en "El Bien Público": "Algunas reflexiones sobre la Revolución Francesa", que nuestro abuelo desde su diario "La France", refutara debidamente, entablándose una polémica que fue memorable, balconeada a gusto por la prensa de la época...

Montevideo, continuamos leyendo, "por su población, comercio, e higiene, ocupa uno de los primeros puestos en América del Sur, y en cuanto a la riqueza y cultura de sus habitantes, puede rivalizar con las principales ciudades de Europa". ¡Esto nos desorienta, pero como ya no hay duda de que estamos en el banco de la escuela, nos llena de alborozo, también!

Acuden entonces Braga, Metivier, Celestino Fernández...

Alguna vez encuentro a Braga por la calle. Apenas si el cabello de mechones níveos, altera con cierto misterio aquella fisonomía infantil, bondadosa y sonriente.

Un día del año 39, fue a Metivier a quien hallé después de mucho, exactamente en la esquina de 18 y Ejido. Díjome al instante con énfasis: "¡Me voy a la guerra!". Yo le miraba, le miraba y veía humo, una selva de armas de fuego, puentes hundiéndose con estrépito, marchas forzadas...

Cuando la contienda terminó y se publicó en la prensa una fotografía de los voluntarios uruguayos que retornaban al país, no ubiqué en el estrecho grupo, la estampa de mi lejano compañero de clase. Pero un tiempo después, callejeando, le volví a encontrar, más caído de hombros que antes y con un tic nervioso.

¿Y Celestino Fernández? Debe ser el mismo que escribe relatos y cuentos camperos, radicado en un departamento del Interior. Es cierto que no asomaba en él esta inclinación. Recuerdo su seriedad, su buen sentido, y me gustaría de veras encontrarle ahora.

No así a Giuch, a quien he visto pasar alguna vez, estirado y enigmático como entonces, cuando llevaba aquel guardapolvo blanco ceñido, y se sentaba en la última fila de bancos, sin hablar con nadie, sin sonreir, sin nada.

"...la Ciudad Vieja, delineada por sus fundadores, se extiende desde el extremo Oeste hasta la calle Ciudadela."

Tomemos entonces por "sus principales calles": Sarandí, "cuyos escaparates tentadores compiten con los de la calle 25 de Mayo...".

Ah, Sarandí, sí, "La Nueva Sirena", el antiguo hotel "Pirámides", de donde llevaban la comida a los "periodistas independientes", presos enfrente, en el Cabildo, por disposición del general Santos; el "Alhambra", con su relevancia los ranchos de paja de Blengio, las estrechas veredas, el desfile de moda, al atardecer... Sarandí!

"...la Ciudad Nueva, trazada por Lucas Obes, abraza desde la calle Ciudadela hasta Ejido."

Llamado a escena, aparece el excepcional ciudadano que manejara la hacienda pública del país y las relaciones exteriores en un período anterior al 38, en que todo estaba por hacerse.

Y sale, trazando la "ciudad nueva" hasta Ejido...

"...en la novísima, están las fábricas, molinos, barracas, aserraderos y las casas de alquiler barato."

¡Ya nada nos detiene, y tiramos al aire nuestra gorra marinera, una, dos, tres veces!

"Merced a la Cuchilla Grande que le sirve de asiento y al trazado de las calles a ángulo recto, es ventilada, aseada y limpia cual ninguna: en Montevideo después de una lluvia, se puede salir a la calle con pato de seda."

Tiene nuestra capital, "¡según el ce de 1908!" 250 mil habitantes, en los cu se cuentan: 40 mil italianos, 35 mil es ñoles, 8 mil argentinos, 5 mil franceses mil ingleses, 600 alemanes... Esta es, la fecha, la contribución de los hombres han venido de lejos, con su tesón, con sueños, con sus brazos.

"...entre los paseos, son de notar el P do, el Parque Urbano y Villa Dolores... Aquí, sobre un fondo inevitablemente m lancólico, arman su escenario de ayer, viejos muros con glicinas de Buschental, Rueda Giratoria, los Espejos cóncavos aq llos, en que aparecíamos inusitadamente formados y reíamos todos a más y mej

Cerramos ya el viejo texto de Pedro M tín, y le volvemos a poner allí donde esta entre el revuelto desorden, con sus lejan fechas, sus trazos infantiles, sus hojas ar gadas...

Enrique Ricardo GARET

(Especial para EL DIA)



Observando la inocente ilustración de la página: un niño que se orienta...

PORQUE FUE DON JESUS AL CIELO

HE aquí que se murió don Jesús Aguado de la Loma. No era mal hombre, aunque sí codicioso: se preocupaba demasiado del dinero, con lo que vivió en un continuo ajetreo, sin ver otra cosa que paredes: las de su dormitorio, de su despacho, de su comedor, de la sede de las muchas sociedades comerciales cuyos directorios componía. A veces pasaba bajo el cielo. Pero iba en automóvil, hojeando papeles o discutiendo negocios, de modo que estamos seguros de que jamás reparó en él.

Y un buen día al señor Aguado se le acabó la cuerda y, con todo su dinero, o mejor dicho: despojado de su dinero, hubo que enterrarlo. Uno de esos médicos inteligentes y experimentados que hacen todavía "medicina general" (¡cómo los admiraba Alexis Carrel!) y que no mandan a sus enfermos como pelota, de clínica al laboratorio y del laboratorio de nuevo a la clínica especializada, uno de esos médicos inteligentes que hacen medicina general —repetimos—, afirmaba que don Jesús Aguado de la Loma se había matado él mismo, con aquel género de vida tan atormentador, víctima del dinero que ganó a paladas y que su familia ¡ay!, tiraba a paladas también.

Nosotros, meros cronistas, nada vimos, pero unos informantes, de esos que se enteran hasta del color con que están pintadas las puertas del purgatorio, dicen que don Jesús, una vez que lo enterraron, en espíritu ya, intentó marchar al infierno, a fin de seguir allí un género de vida equivalente al que llevara en la tierra.

Pero parece que un diablo, portero por más señas, no lo dejó entrar, dado que el hombre que se muere, antes de merecer un destino de ultratumba, sea cual sea: infernal, paradisíaco o celeste, debe disponerse a afrontar el juicio de los tribunales ad-hoc que existen más allá de la tierra.

Nuestra ignorancia es infinita, y en esto como en cualquiera otra cosa que expresemos, si errásemos, se nos ha de mirar con benevolencia.

Lo cierto es que don Jesús Aguado de la Loma tuvo que apechugar con el inevitable juicio.

—¿De modo que usted ha sufrido mucho en la vida? —parece que le preguntaba con cierto retintín el fiscal del otro mundo.

—Mucho, señor. Realmente la tierra es un valle de lágrimas.

—¡Pero... caramba! Usted no se puede quejar. Tuvo una mujer soportable, que no es poco; hijos que no lo mataron a disgustos, que ya es mucho; negocios que le proporcionaron millones. ¿De dónde provenían sus angustias...? Aclaremos bien las cosas. ¿Le pasó algo verdaderamente grave?

—No; pero viví pensando siempre en todo lo malo que me podía pasar. Cuando se tienen muchas cosas (y confieso que yo las tenía), uno se vuelve miedoso; no duerme, perennemente desvelado con la imaginación puesta en los peligros que acechan y la memoria posándose en todos los bienes que uno puede perder —fue la explicación del señor Aguado.

Los miembros del tribunal, que parecen que eran sabios (¿no estaría allí Sócrates como en aquel peregrino tribunal que nos describe Luciano?), hicieron comentarios entre ellos. Otro hombre atormentado. Otro insensato más. Puesto a vivir en medio de una naturaleza opulenta, maravillosa —cielo, sol, estrellas, brisas, mar— se pasó la vida acumulando riquezas, esas materialidades que sirven para hacer a todos los hombres vulgares más egoístas, vanidosos y cobardes. Riquezas que él no disfrutaba, porque era sobrio, sin alardes, pero que los suyos tiraban en lujos tontos, y hasta en vicios, a fin de que se cumpliera una encomiable ley de justicia social: hacer volver a la colectividad aquello que le fue sacado. Y rápidamente si es que las exacciones se le hicieron con rapidez.

¿Qué hacer con este mentecato de don Jesús Aguado de la Loma? Mandarlo al infierno de cabeza hubiera sido inconducente, pues ya había tenido bastante infierno en la tierra. En el infierno muy poco iba a extrañar. Estaba aclimatado. Enderezarlo hacia el paraíso hubiera sido profanación, pues allí moran los espíritus líricos, los soñadores, hombres que fueron inofensivos y felices en la tierra.

Con este señor Aguado debió de optar por enviarlo al cielo, donde no hay pared que oculten los horizontes, ni papel moned para contar, ni sociedades comerciales cuyos artículos pueden encarecérsele al pueblo. Don Jesús allí arriba, a despecho d tanto esplendente azul, tanta estrella, y tanta nube de plata, caería en el más soberan de los aburrimientos. Ese debía ser su castigo eterno. No podía buscársele un tormento mayor que estar en el reino de la suprema paz y la más alta belleza. Sin dars cuenta de ello.

Vicente A. SALAVERRI

(Especial para EL DIA)



HELMBRECHT, EL GRANJERO

..a primera parte de la Edad Media hasta las Cruzadas, que marcaron en diversos ..denes una época nueva, es dominio de ..ores en lo literario. Es el poema épi.. ensalzando al héroe, caballero, barón, ..eu" o "ritter"; la poesía galana y el li..mo trovadoresco cantan a la dama de ..te y a la inalcanzable castellana.

El villano aparece cuando los señores ..ndonan su hacienda para luchar en Tie.. Santa y cuando se les halaga y mejora .. condición para que no abandonen su ..bajo. El villano se encumbra y trata de ..itar a su amo aunque lo odie. Al entrar .. lo literario, el villano aporta su tónica ..ilista. Estamos en 1159 cuando aparece, ..idamente, el primer "fabliau" aprove..ando la flaqueza de lo heroico. Su curva ..anza un máximo en el siglo XIII y se ..luma en el comienzo del XIV.

El villano tiene su género, pues. Exigirá ..rla, trazos verídicos, enseñanza. El sa..a, con ironía, suele ser la taberna bur..esa o la feria. El juglar dice su tema ..tre voces y vapores espirituosos, mien..as más allá se trueca paños por ovejas; ..ca, huevos, queso y ternero por un pa..frén

Es el "fabliau" y es el cuento. Aquel. ..ndamentalmente, como lo define Joseph ..édier en dos palabras es "un cuento para ..ír, en verso", corta composición de 300 ..neas en metro octosílabo. El cuento, en ..mbio, reúne otras exigencias: de un largo ..aportante, con intención edificante y dan.. cabida al elemento sobrenatural. Su de..nición más acabada la da el profesor Kla..und: "El cuento se halla incomparable..ente más emparentado con el drama que ..n la novela a la que lo une sólo la for..a externa... Tanto en el drama como ..n el cuento, el destino de un hombre dado ..a de culminar en determinado momento y ..scender al cielo o precipitarse en el in..erno. Esto ocurre todavía de una manera ..ás concentrada en el cuento que en el ..rama. El cuento necesita de uno o varios ..momentos agudos. Un cuento debe ofrecer ..an al desnudo la tesis y la antítesis que ..e su contraposición inmediata nazca, pa..adójicamente, una agudeza... El lector ..ebe siempre presumir el camino que pue..e seguir el cuento en su desarrollo, pero ..unca ha da estar cierto de él. El interés ..e lo desconocido ha de mantenerse en ..odo punto."

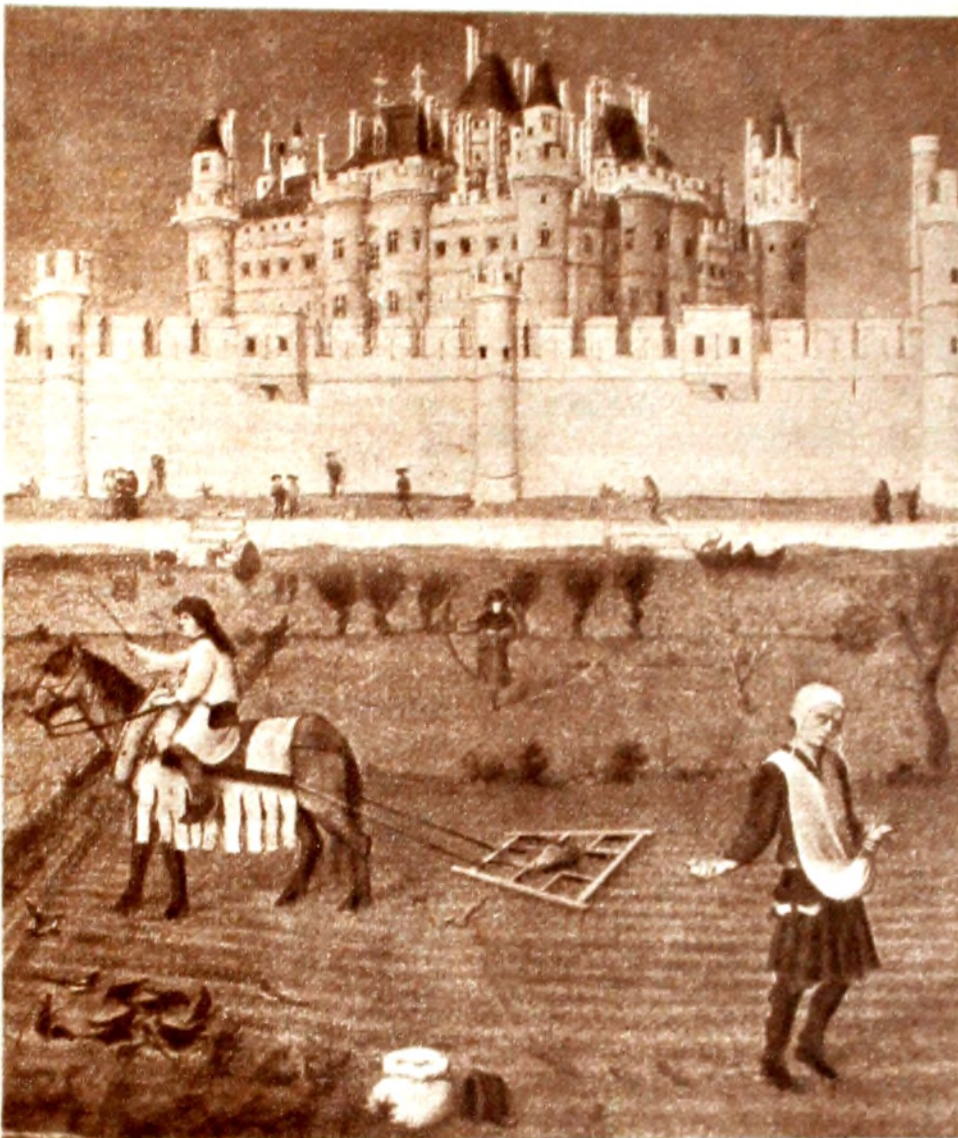
"Helmbrecht, el granjero" ("Meier Helm..brecht") una de las narraciones más im..portantes del medioevo germánico se ade..cúa perfectamente a las definiciones ante..riores. Es un cuento nacido en la rica zona de Baviera, pródiga en cantos y danzas, en una época de apogeo: se le sitúa entre 1246 y 1282. Casi la mitad de la obra parece haber sido escrita por Wernher el Jardinero pero a su muerte la narración fue proseguida por alguien anónimo aunque culto que sabe dosificar hábilmente lo patético, lo cómico, lo satírico.

"Helmbrecht, el granjero" parece llevar —y no es nada extraño— un título equivocado; el otro, "El Hijo del granjero Helm brecht", haría resaltar a quien, de veras, es el real personaje de la obrita.

Sea como fuere, el cuento de 1934 versos de rica factura puede ser estructurado como una obra teatral en cinco actos. — 1º Planteamiento y exposición. 2º Partida y aventuras del hijo. 3º Retorno a la casa paterna y culminación del drama. 4º Partida de Helmbrecht y su hermana Gotelinda hacia su triste fin. 5º Ruina y muerte del héroe; la fatalidad y los sueños premonitorios del padre se han cumplido. Estamos ante la ananké de la tragedia griega.

Su argumento es éste: El granjero Helmbrecht vive con su mujer y sus dos hijos, un joven y una doncella, en su campo laborioso. El hijo de igual nombre que el padre decide abandonar el rústico destino que le espera para unirse a una banda de poderosos señores que se dedican al pillaje. A pesar de los consejos paternos se alía a ellos, lleva una vida peligrosa y criminal pero gozando de lujo y riqueza. Al año, decide volver a su casa, deslumbra a los suyos, insiste en desatender los consejos de su padre y arrastra tras sí a su hermana para casarla con uno de sus compañeros malhechores. Cuando se celebran estas bodas llega el preboste y sus gentes que, ayudados por poderes sobrenaturales como se decía y creía en aquel tiempo, echa mano a los culpables. Los nueve compañeros del joven Helmbrecht son ahorcados; él escapa con vida pero mutilado por el verdugo, ciego, sin un pie y una mano. Vuelve a casa de su padre, éste se burla del otrora arrogante caballero que quisiera humillarlos. lo echa sin miramientos y así, vagando hambriento y miserable, al cabo de un tiempo el culpable es apresado y despedazado por los campesinos que despojara y pillara.

Este cuento tiene un extraordinario va-



El viejo Helmbrecht y su hijo trabajaban duramente su campo de labranza.

lor literario por la clara línea de su anécdota y por el retrato psicológico del padre y del hijo. Pero. además. tiene un raro valor documental pues nos muestra la descomposición de la nobleza y la organización de las bandas de "Raubritter" o sea de caballeros salteadores así como el cuadro directo de la existencia campesina. A este respecto ninguna obra literaria medieval ha sido tan pródiga en datos ni siquiera los "fabliaux", el "chantefable" "Aucassin et Nicolette", cuentos como "Merlin".

Los detalles, en algunos momentos, son minuciosos. Así, cuando el joven Helmbrecht decide partir hacia su nueva vida, lleva un gorro en el que "detrás, siguiendo a partir de la nuca la raya de la mitad de la cabellera, se encontraba una cinta adornada de pájaros que parecían haber venido de Spessart para posarse allí. Jamás cabezota de campesino vio tocado más rico que el de Helmbrecht. Cerca de la oreja derecha del rústico, estaba bordado en el gorro —¿deseáis saberlo?— —el sitio sufrido por Troya cuando el temerario Paris raptó al rey de los Griegos su esposa, que amaba como a su propia vida; luego la toma de la ciudad y la huída de Eneas en naves marinas y el derrumbe de las torres y las murallas de piedra. Ay, por qué un villano llevó alguna vez semejante gorro, de tan larga descripción!" En este tono culto, zumbón y preciso el autor describe todo el gorro y cada una de las ricas piezas del ajuar que portará el aspirante a caballero bribón...

En la hora del recibimiento, cuando el joven Helmbrecht retorna a la casa paterna, la fiesta recuerda a la bíblica que marcó la vuelta del hijo pródigo. Y así recreamos que la madre gritó a la hija: "Corre a la habitación y trae un asiento acolchado y un cojín blanco! Este fue colocado bajo el brazo del hijo sobre un hornillo tibio y allí esperó el joven, cómodamente, que la comida estuviera lista. Cuando despertó, la cena estaba preparada; después de lavarse las manos, oid lo que se sirvió! Ved ante todo el primer plato; si yo fuera un noble señor envidiaría ese manjar. Era un fino repollo ni muy jugoso ni muy seco, acompañado de un gran trozo de carne. Oid el segundo: queso blando y a punto le fue traído. Y ahora oid lo que aún sé: nunca gansa tan suculenta fue asada; ellos lo habían hecho con alegría, sin preocuparse por el trabajo. Era grande y gorda como una avutarda: ante el joven fue colocada. Una gallina hervida y otra asada, por orden del padre, le fueron también servidas."

En cuanto a los regalos que el novel cortesano trae a su familia y servidores, he aquí la lista: "Al padre había traído una piedra de afilar como jamás segador colocó mejor en su estuche, una hoz sin igual para cortar la hierba, verdadera alhaja de campesino, así como un hacha, la más perfecta que saliera en mucho tiempo de una forja, y además una azada. A su madre trajo una pelliza de zorro; el joven Helmbrecht la había tomado de la espalda de un cura... A un mercader había robado una banda de seda que dio a Gotelinda así como un orifrés con incrustaciones magníficas que hubiera sido más adecuado para una dama que para su hermana. El criado recibió calzado con lazo; hasta entonces jamás los había visto o tocado. Helmbrecht había adquirido las costumbres de la corte; de haber permanecido en casa de su padre, no le hubiera dado calzado. A la sirvienta había traído un pañuelo de cabeza y una pañoleta roja que le hacían mucha falta."

Pero también describe a su padre, en la sobremesa, las nuevas costumbres de corte, en qué han quedado los viriles torneos y las danzas y juegos galantes. Y así se casa Gotelinda con el caballero "Devora - Cordero": "Un anciano se puso de pie, sabio de palabra y rico de experiencia. Los hizo colocar a ambos en un círculo y dijo a Devora-Cordero. "Si queréis tomar a Gotelinda por esposa, decid sí". "¡Seguramente!" —dijo entonces el joven. Por segunda vez le fue hecha la pregunta: "¡Seguramente!" —respondió. Por tercera vez el anciano dijo: "¿Queréis tomarla?" Y el joven repitió: "Por mi alma y mi vida, gustoso la tomo por mujer." El anciano se dirigió entonces a Gotelinda: "Queréis aceptar a Devora-Cordero por marido?" "—Sí, señor, si Dios quiere." "—¿Lo aceptáis de buen grado?" —insistió. "—De buen grado, señor, dádmelo." Y por tercera vez: "—¿Lo queréis?" "—De buen grado, señor, dádmelo." Entonces dio a Gotelinda por mujer a Devora-Cordero y dio a Devora-Cordero por marido a Gotelinda. En seguida todos entonaron un cántico, y el marido pisó a su joven esposa". En aquel tiempo, este gesto simbolizaba la posesión y el dominio maritales.

Como un símbolo, el cuento ha llevado uno u otro título, el que da prioridad de personaje al padre y el que lo hace con el hijo; desde el punto de vista de la riqueza psicológica, el lector tarda también en decidir cuál de ellos es más importante. El hijo es ambicioso, ávido, inescrupuloso; sabe ser valiente hasta la ferocidad pero también astuto. Se yergue contra la autoridad paterna en tonos así: "Quiero galopar a través de los campos sin temer por mi vida, y recorrer el mundo. Déjame, lejos de tu tutela, abrir el viento; quiero crecer a mi capricho." A pesar de todas sus malandanzas y tropelías, acaso por su juventud y sus sueños desmedidos, el hijo no despierta antipatía. Y, cuando mutilado y ciego vuelve a su padre uno comprende cuán duro tiene que serle a éste arrojarlo fuera de su puerta y siente la invencida ternura de su madre que "le deslizó un pan en la mano, como a un niño."

El viejo Helmbrecht tiene, ante todo, la asentada sabiduría del campesino que vive en paz siguiendo las reglas de sus mayores y aceptando la honradez como máxima virtud. Es como todos los de su raza, como el viejo de la fábula de La Fontaine que dejó a sus hijos un tesoro enterrado en sus campos; ese tesoro, lo supieron mucho después, era el trabajo. Se imagina cualquiera el choque —el nunca terminado choque— entre padre e hijo de tan dispares puntos de vista para enfocar la vida. Los matices con que el autor o los autores presentan al viejo Helmbrecht están mostrando, además, una creación de suma fineza para la época y el género. El padre lleva en la primera parte todo el peso de la cordura, del consejo y la frase sentenciosa que, al decir de Cervantes, "son sacados de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas." El padre se muestra paciente pero sabe acceder a los ruegos y las exigencias de su primogénito. Cuando al año, su hijo aparece y pretende humillarlos —usa hasta otros idiomas para saludarlos— el padre hace como si no lo reconociera y, astutamente, lo obliga a recobrar sus palabras de campesino y hasta enumerarle los nombres de los cuatro bueyes de labor. Esta es una de las escenas más inteligentes del cuento. Cuando el hijo insiste en partir con gestos y dichos altaneros el padre apenas intenta convencerlo de su error y su voz se esfuma en el relato. Pero el personaje es de arrebato trágico cuando, "aunque tenía el corazón destrozado", recibe al hijo malherido con crueles burlas y lo llama imitando su lenguaje de cortesano "señor cieguito". El padre en esta última escena puede, para la sensibilidad nuestra, parecer horrendo pero es indudable que adquiere una de esas grandiosidades iracundas de tono épico o bíblico. El personaje no tiene piedad ni flaquezas afectivas; es —y aquí reconocemos a la Edad Media—el padre juez, la voz de la equidad que sentencia por toda la comunidad asaltada, robada, violada, vejada por su propio hijo, el salteador.

Estos múltiples méritos aunados a muchos otros que ni siquiera hemos anotado, hacen de "Helmbrecht, el granjero" uno de los testimonios más espléndidos de la literatura medieval.

Rolina IPUCHE RIVA.

Febrero de 1961.

(Especial para EL DIA.)

EVOCACIONES DE MI CIUDAD NATAL

LA VIEJA CASONA



CADA vez que el Destino, esporádicamente, me trae a esta ciudad de Rocha, apenas la entreveo a la distancia de los caminos que a ella convergen, hay en mi espíritu un estremecimiento que es mezcla de nostalgias, gozo amargo, inquietudes infantiles —todo ello levemente agitado al conjuro de viejos recuerdos— como si en la quietud de un lago, al roce de la brisa, temblaran las aguas. ¿Por qué este fenómeno sicológico se repite invariable a través del tiempo? ¿Por qué el zarandeo de mi vida, cambiante de panoramas y de seres, ante la presencia de Rocha, me da en una celdilla cerebral y en las fibras del corazón, la idéntica emoción, la placa fija que se hace nítida y firme, removiendo el sentimiento y el recuerdo de mis primeros años?

Aunque la evolución de las cosas, la mutación natural del progreso, la marcha de la vida, ha modificado enormemente la fisonomía de la querida y hermosa ciudad —dándole el sello característico del adelanto urbanístico lógico de todas las poblaciones que marchan al ritmo del avance inexorable del tiempo— mi espíritu se queda junto a los viejos muros, como una hiedra del pasado, se abisma en recordaciones ante sus callejuelas típicas, se ahonda en la remembranza del retazo fisonómico inmodificado. Y hay —para los que nos fuímos niños— el atisbo emocional de la piedra y el paisaje. Con los ojos de la mente vemos las escenas y los escenarios por los que discurrimos, plenos de vida inocente, y los personajes de otrora vienen al primer plano de la recordación en una película, rosa y azul, que nos embarga el ánimo de agridulce nostalgia.

Y hay una esquina céntrica de mi ciudad natal, cuyo poder de atracción me ha hecho quedar, bajo la luz del sol o el reflejo lunar, enseñante y extático bajo la férula del recuerdo, tal como han de quedar poseídos los espíritus religiosos ante los motivos de sagrada adoración.

Allí está enclavada la mole de una vieja casona de dos plantas, frontera a dos calles principales, en donde transcurrieron, desde mis primeros vagidos, los azules y pristinos años de mi vida. Hurgo en la introspección de la memoria, andando por la senda del sentimiento más puro y veo en ella el ajetreo familiar con nitidez amorosa.

Mi abuelo —hombre de pro, con noble empaque de hidalgo español al que no pudo vencer la invalidez que le trabó su vida— camina por el patio interior de los altos, de baldosas rojas, apoyado en sus muletas, dando indicaciones para la marcha de su importante comercio, que funcionaba abajo y que era —en la época— la más importante casa comercial de Rocha. Mi abuela —estampa de matrona antigua, silenciosa y estoica, solícita y afectiva— en ese andar y desandar de pasos cotidianos e incansables por el recinto de la vieja casa, verdadero reino, centro y altar de los antañones hogares donde se resumían y reverenciaban todas las virtudes de las antiguas épocas. Mis tíos y tías y la corte de parientes de distinto grado que, como era costumbre de aquellos tiempos, llenaban las casas patriarcales en el ajetreo de las visitas de la localidad, poniendo su nota de educación social, o arribando de allende la dilatada campaña u otras poblaciones distantes, para las estadas u hospedajes de rigor, en los heroicos vehículos a tracción a sangre, cuyo cetro como medio de locomoción moderno y seguro, lo mantenía la gallarda, romántica y pintoresca diligencia, bullanguera y cascabelera...

Y en ese ambiente, imbuído de soplos de nobleza, rectitud de procederes y amor al trabajo, aquel niño que era yo y cuya edad no alcanzaba a un lustro, iba y venía, primoroso y feliz, sintiendo la complacencia de vivir en él. Y son muchos los fragmentos de escenas gratas a mi espíritu, que no se han borrado jamás. Allí aprendí a leer, haciéndolo en alto —todas las noches— junto al lecho de mi abuelo paralítico; y esa lectura eran casi todas las columnas de aquel gran diario llamado "La Democracia", que dirigía con honor y valentía —cuando la prensa era cabal apostolado— la recia personalidad sin mácula del caballero hispano don Ramón Cerdeiras. No olvido, por cierto, en esta rápida crónica íntima, que me ha sugerido la presencia de la casona mientras la contemplo desde la esquina de enfrente una noche cualquiera, aquellas salidas magníficas con mi abuelo y uno de sus acompañantes —fieles servidores— para dar nuestro paseo favorito hasta El Paso Real, metidos en un cupé, acolchado y sedoso —lujo de la época— del cual tiraban dos hermosos tostados de airosa e impecable estampa. ¡Ah!, el retozo amplio, la felicidad desbordante en mis ojos de niño, cuando me autorizaban, junto al arroyo, mojarme los pies descalzos en las rumorosas aguas correntosas!... Y las escapadas, audaces, que nos hacían temblar por lo pecaminosas, con alguno de los niños de las [em]pleadas de servicio que se arremolin[aban] en la amplia cocina a la hora previa [a la] cena!... E íbamos entonces corriend[o la] suprema aventura— dos cuadras de dis[tan]cia hasta la Confitería del Gallo, de la [...]na doña Teresa, en busca de golosinas [...]destinas...

Y los juegos en el balcón largo que [...] casi todo el edificio... y el sostener y [sol]tar globos en las noches cálidas...

Y esta vida placentera de hogar roch[en]se, aquí donde yo había nacido, a la v[era] de mis abuelos inmortales José María [...]na y Jacinta Dávila, tenía su fin —pe[rió]dicamente— cuando mis padres me re[cla]maban desde otra población distante do[nde] vivían. Y era entonces el llorar y el p[ro]testar... y alguna vez, luego de estar [la] diligencia en gélida madrugada a la pue[rta] de la casona para llevarme —recomenda[do] al mayoral— este minúsculo pasajero q[ue] era yo, retornaba a la casona... tanto [...] el poder de mis gritos y mis lloros...

Desvaídamente recuerdo estas escena[s] [...] ellas están adheridas a mi alma, como [la] pátina de los años está pegada a la par[ed] de la vieja casona... A Rocha la llevo [en] mi corazón. Sus calles, sus casas, su pai[sa]je, su cielo, son imborrables y noto en el [...] intensamente, la raíz de mi vida. Pero h[ay] dentro de la ciudad esa casona de mis abu[e]los, que es como la corola de la flor, el [...] en el cielo, el latido en el impulso de [la] sangre.

Angel Wilfredo RUBIO

(Especial para EL DIA)



Fiesta infantil realizada por el Club "El Día", en su residencia en Melilla, con distribución de golosinas y juguetes a los pequeños concurrentes.


TARZAN
EDGAR RICE BURROUGHS
EL VALLE PERDIDO DE LOS ELEFANTES...DONDE NINGÚN ELEFANTE PUEDE ENTRAR, NI SALIR.


AÚN NO DESCUBIERTA POR CAZADORES DE MARFIL, TARZÁN ESPERA QUE LOS QUE HAN VENIDO A FILMAR ESTA GRAN COLONIA ESCONDIDA DE ELEFANTES, MANTENGAN UNA PERMANENTE RESERVA, DE PROHIBICIÓN DE CAZAR.-


...O NINGÚN MODO, TARZÁN, DE ...R BAJAR HASTA ALLÁ, NI SI- ...RA SIN LA CÁMARA Y EL EQUI- ...PERO ESA ES UNA ESCENA ...RORÍFICA!
TENEMOS QUE IR DANDO LA VUELTA ALREDEDOR DE LAS MONTAÑAS, A VER SI ENCONTRAMOS LA RELLENADA GARGANTA, Y ESPACIO ENTRE LAS ROCAS PARA PODER DESLIZARNOS!


NICK, TÚ Y TOM ESPEREN EN EL CAMPAMENTO CON POMPUS.-- MIENTRAS JOE, CHARLIE, BUD E ITO, RECORREN LA GARGANTA CONMIGO.
VOLVERÉ CUANDO HAYAN TENIDO ÉXITO.


ASI...CIRCUNDANDO LA BASE DEL VALLE, CON LA CÁMARA Y EL EQUIPO, TARZÁN SE ENCAMINA HACIA LA RELLENADA GARGANTA, QUE ÉL SUPONE DEBE ESTAR.
BILL ELLIOTT JOHN


NICK Y TOM NO ESTÁN MUY CONTENTOS DE TENER QUE HACER DE NURSES. LES RECOMENDÉ PERMANECER LO MÁS LEJOS POSIBLE DE POMPUS Y ESCONDER SUS ARMAS.
YO LES DIJE QUE USARAN LAS PILDORAS PARA DORMIR SI ERA NECESARIO.


CHARLIE Y BUD ENCONTRARON SU TRABAJO MÁS DIFÍCIL EN LA PROFESIÓN. SON LOS MEJORES CAMERAMEN CON LOS QUE HE TRABAJADO. POMPUS NO SABÍA COMO EMPLEAR SUS TALENTOS.-


TARZÁN! QUEREMOS FILMAR ESTO! TAL COMO LO ENCONTRAMOS...ANTES QUE NADIE NOS PERTURBE.
VEO UN SITIO, TARZÁN, POR DONDE PODEMOS ARRASTRARNOS!

Nuevamente a aprender con túnicas, delantales y guardapolvos de las 3 avenidas y... Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.

CASA MATRIZ Av. AGRACIADA 2302 esq. Marcelino Sosa - Tel. 20 09 61

SUCURSAL GOES - Av. GENERAL FLORES 2341 esq. Marcelino Berthelot. Tel. 2 42 00-2 43 00-2 44 00

SUCURSAL CORDON - Av. 18 DE JULIO 1601 esq. Carlos Roxlo - Tel. 40 41 11





1 - Práctica túnica derecha, realizada en madrás de gran duración. Talles 52 y 54 $41.50, talles 42 al 50 **$ 38.50**

2 - Presentamos este modelo de túnica cruzada, confeccionada en piqué de excelente calidad **$ 48.50**

3 - Destacamos fino delantal en piqué, tiene cuello, bolsillos y puños festonados. Talle 4 **$ 39.00**

Aumenta $1.50 c/dos talles

4 - Delantal confeccionado en madrás de gran calidad, es un modelo con pie de cuello. Talle 4 **$ 28.00**

Aumenta $0.80 por talle

5 - Delantal realizado en excelente piqué, con terminación de cuello festonado. Talle 4 **$ 37.00**

Aumenta $1.50 c/dos talles

Para facilitar sus compras, nuestras 3 casas permanecen abiertas durante 10 hs. al día en horario continuado **de 9 a 19 hs.**

6 - Clásico guardapolvo cruzado, en brin sanforizado sumamente resistente. Talle 4 **$ 29.00**

Aumenta $1.00 c/dos talles

7 - Guardapolvo cruzado, confeccionado en bengalina sanforizada de gran resultado. Talle 4 **$ 27.50**

Aumenta $1.00 c/dos talles

8 - Guardapolvo modelo derecho, presentado en fuerte brin sanforizado. Talle 4 **$ 27.50**

Aumenta $1.00 c/dos talles

Precios al alcance de todos

en la completa variedad de cuadernos, lápices, estuches colegiales, portafolios y artículos de papelería en general, que presentan nuestras 3 casas.

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ, Avda. Agraciada 2302 y M. Sosa.

